

HAMNØY

José María Izquierdo



Ediciones «De Categoría»

VALENCIA 1986

HAMNØY

José María Izquierdo

Ediciones «De Categoría»

VALENCIA 1986

Dedicado a mis amigos José Luis Falcó, Isabel Burdiel y Santiago Santamaría, arifíces del milagro de una soportable vida. Y dedicado también a Uberto Stabile, rey de los gatos, aguerrido explorador de la frontera. Y para Jorge Navarro, llante, embaucador, doctor y médico. Y Xulia Ricardo Trigo que bebe de las fuentes fébricas. Y para Sonja Skjaer, la mujer que teje mi destino. Y para Javier García con quien me unen tantos libros, que descubrió que el silencio habita en la Palabra. Y para Antonio Cabrera, viajero del enigma y Alfons Cervera y sus eróticos sueños apoyado en los muros de la Generalidad. Y Maribel Morant y Antonia Cabanilles y su diferente mirada. Y para José Vicente Selma que lo sabe todo de los prerrafoelistas. Y Quique Torro que sólo nos llama en verano. Y para Vicente Puchol que me llama Enrique VIII. Y José Miguel Arnal que ama como Gerald de Nerval y Guillermo Pebró a quien hicimos genio. Y Lola, Octavi, Rafa y los amigos de Gema que nos mueve el espíritu de un nuevo Renacimiento. Y para todas aquellas criaturas nocturnas de esta ciudad pachanguera y cruel. Valencia, la que sólo vive del gato. Donde nunca reina el sosiego.

Oslo, otoño de 1986

HAMNØY
José María Izquierdo

Dedicado a mis amigos José Luis Falcó, Isabel Burdiel y Santiago Santamaría, artífices del milagro de una soportable vida. Y dedicado también a Uberto Stabile, rey de los gatos, aguerrido explorador de la frontera. Y para Jorge Navarro, liante, embaucador, doctor y médico. Y Xulio Ricardo Trigo que bebe de las fuentes fééricas de su ensueño celta. Y Víctor Latorre y Julia que no saben nada de bujes. Y para Javier García con quien me unen tantos libros, que descubrió que el silencio habita en la Palabra. Y para Antonio Cabrera, viajero del enigma y Alfons Cervera y sus eróticos sueños apoyado en los muros de la Generalidad. Y Maribel Morant y Antonia Cabanilles y su diferente mirada. Y para José Vicente Selma que lo sabe todo de los prerrafaelistas. Y Quique Tormo que sólo nos llama en verano. Y para Vicente Puchol que me llama Enrique VIII. Y José Miguel Arnal que ama como Gerald de Nerval y Guillermo Peiró a quien hicimos genio. Y Lola, Octavi, Rafa y los amigos de Ocmo que los mueve el espíritu de un nuevo Renacimiento. Y para todas aquellas criaturas nocturnas de esta ciudad pachanguera y cruel. Valencia, la que sólo vive del gesto. Donde nunca reina el sosiego.

Oslo, otoño de 1986

*El vuelo del svartbak
(Fragmento)*

Dedicado a mis amigos José Luis Falcó, Isabel Burriel y Santiago Santamaría, artífices del milagro de una sorprendente vida. Y dedico también a Urbano Stable, rey de los gatos, aguerido explorador de la frontera. Y para Jorge Navarro, licenciado, embalsamador, doctor y médico. Y Xosé Ricardo Trigo que bebe de las fuentes fértiles de su ensueño celta. Y Víctor Latorre y Julia que no saben nada de niñas. Y para Javier García con quien me unen tantos libros, que describió que el silencio habla en la Palabra. Y para Antonio Cabrera, viajero del enigma y Alfonso Cervera y sus eróticos sueños apoyado en los muros de la Generalidad. Y Manuel Morant y Antonio Capanilles y su diferente mirada. Y para José Vicente Selma que lo sabe todo de los prerrafaelitas. Y Quique Torro que sólo nos llama en verano. Y para Vicente Pachón que me llama Enrique VIII. Y José Miguel Arnal que ama como Gerd de Nerval y Guillermo Perón a quien hicimos genio. Y Lola, Octavio, Rafa y los amigos de Gomo que los mueve el espíritu de un nuevo Renacimiento. Y para todas aquellas crónicas nocturnas de esta ciudad pacífica y cruel. Valencia, la que sólo vive del gesto. Donde nunca reina el sueño.

Oslo, otoño de 1988

«El tiempo se hunde en decadencia
como una vela consumida,
y a las montañas y bosques
les llega el día, les llega el día;
pero tú, amable turbamulto antiguo
de los estados del ánimo nacidos del fuego,
tú no desaparecerás.»

W. B. Yeats

El vuelo del svartbak (Fragmento)

«Alce la mirada al escuchar el vuelo del svartbak...»

*«El tiempo se hunde en decadencia
como una vela consumida,
y a las montañas y bosques
les llega el día, les llega el día;
pero tú, amable turbamulta antigua
de los estados del ánimo nacidos del fuego,
tú no desapareces».*

W. B. Yeats

Quizá hubiera podido ocurrir de cualquier otra manera y sin embargo creo que fue la luz la causante de mi recuerdo. La luz... Quien haya vivido en Noruega, en su norte, no habrá podido olvidar la tenue, la mágica sensación de soledad.

Cae la tarde. El cielo, cerrado de nubes, anunciaba el fin del verano acrecentando la melancolía de la proximidad del horizonte. El paseo sin rumbo me llevó por la vereda del bosque a la zona umbría donde los pinos transitan entre los pinos que cubren el cielo con sus ramas. En esa hora en que nada y todo se suspende en forma de tensión cambiando los tonidos del día, el color y la propia sensación de la sorpresa de seguir vivo, apareció de nuevo el intrépido vuelo de una gaviota atravesando aquel silencioso y frágil instante en el pequeño bosque que rodea mi casa.

Un vuelo de gaviota y el recuerdo de mi caballo en Hamndy en la pequeña embocadura del fiordo de Reine de las para mí ya nunca lejanas islas Lofoten...

El vuelo del svartbak
(Fragmento)

«Alcé la mirada al escuchar el vuelo del svartbak...»

Quizá hubiera podido ocurrir de cualquier otra manera y sin embargo creo que fue la luz la causante de mi recuerdo. La luz... Quien haya vivido en Noruega, en su norte, no habrá podido olvidar la tenue, la mágica sensación de soledad.

Caía la tarde. El cielo, cerrado de nubes, anunciaba el fin del verano acrecentando la melancolía de la proximidad del horizonte. El paseo sin rumbo me llevó por la vereda del bosque a la zona umbría donde los pasos transitan entre los pinos que cubren el cielo con sus ramas. En esa hora en que nada y todo se suspende en forma de tensión cambiando los sonidos del día, el color y la propia sensación de la sorpresa de seguir vivo, apareció de nuevo el ingrátido vuelo de una gaviota atravesando aquel silencioso y frágil instante en el pequeño bosque que rodea mi casa.

Un vuelo de gaviota y el recuerdo de mi cabaña en Hamnøy en la pequeña embocadura del fiordo de Reine de las para mí ya nunca lejanas islas Lofoten...

Nunca como ayer sentí la proximidad del deseo de retornar a la vieja cabaña del lago. Nunca antes mi mirada extrañaba los tenues cambios del tiempo ensimismada en los rojizos, grises y ocres del bosque otoñal, antes verde y mucho antes cubierto por una nieve que no tardaría en volver.

Habían transcurrido diez años desde aquel esperanzado día de octubre en que una carta de la embajada y otra de la universidad me anunciaron la concesión de una beca para estudiar a los poetas escaldas escandinavos. Parece mentira que lo que se iniciara de una forma fortuita llegara a convertirse en la razón de ser de mi vida. Recuerdo aún las prisas dándome de baja en el trabajo, informando al departamento de la facultad sobre mi partida, estructurando los materiales de la Tesis Doctoral que me harían falta en una breve pero —esperaba yo entonces— fructuosa investigación en Oslo.

Hacía frío aquella temprana mañana de otoño aunque la emoción de abandonar la ciudad y una buena parte de mi vida impedía sentir algo que no fuera un ligero estremecimiento en el estómago.

El viaje no tuvo mayor interés que los otros tres que ya había realizado a Oslo, las mismas tediosas esperas, el mismo mal trato por parte de una deshumanizada estética que siempre me ha hecho añorar los viajes en tren o barco y recordar el viejo aeropuerto de Valencia con la certidumbre de poder encontrar a Ingrid Bergman y Humprey Bogart. En Copenhagen se inició el rito de las sonrisas rubias, el constante tejer lana de las azafatas esperando el vuelo que las devolverá a casa, los precios prohibitivos para un estudiante español y la proximidad de la ley seca noruega. Después Fornebu, el oscuro túnel, la espera ante la policía con un frío que se mete en los huesos tras llegar de la eterna primavera mediterránea al invierno nórdico —aunque estemos en octubre y el otoño metálice el cielo— y por fin el abrazo, la caricia, el cálido retorno a los ojos amarillos de quien te quiere bien. Sonja. Pero no es ahora el momento de reflexiones turísticas, ni tan siquiera del relato de un amor sincero. Tampoco importan los problemas del idioma para estudiar en la Oslo Universitetet ni tan siquiera la angustia que para todo el que quiera dedicarse a la labor intelectual supone no poder comunicarse con su fantasmal tutor. No, no voy a hablar de los sentimientos, ni mencionaré ninguna de las miles de anécdotas que me sucedieron

en la universidad. Es la luz lo que importa, el tenue soplo del viento en la calma del fiordo. La verticalidad de la mirada al alzarse entre las escarpadas rocas al trasluz de un reflejo de acero. La luz del fiordo, la luz de un norte que te hiere el alma, que te impide volver al recuerdo porque todo lo llena filtrándose en tus ojos, abismando a tu corazón enfermo de luz. La luz del fiordo...

* * *

Recuerdo ahora, cuando como en un rito vuelvo a escoger lo necesario para mi retorno a Noruega, a la vieja cabaña del seter de Einar, las noches en vela traduciendo a los poetas cortesanos con el edredón sobre los hombros, un cigarrillo empezado el día anterior (religiosamente guardado en la tabaquera junto al paquete de «Tidemans») y un vino caliente en la cabeza, recorriendo las venas... Pienso ahora en esta casa de verano, en El Saler, que abandono de nuevo un octubre diez años más viejo, en las fugaces miradas a la negrura de la casi eterna noche, con la fantasmal nieve cayendo bajo la luz de un eficaz alumbrado público. El sordo sonido de la nieve al caer sobre un supuesto asfalto diez centímetros bajo el hielo.

No puedo dejar de sonreír con melancolía al colocar las prendas de lana, las pesadas botas, el cuchillo y el gorro lapón que me regaló aquel viejo de Tromsø.

El cielo despejado, el solitario sol, el olor de los matorrales... Todos parecen despedirse, alejarse un poco de mí cuando contemplo un equipaje casi polar en este aromático Mediterráneo.

Voy a volver, me restituyo, he de intentar unificar de nuevo la razón con los sentimientos. Cuando volví de las montañas creí retornar entero a mis orígenes. Al llegar, al andar en la noche por las estrechas calles repletas de vida conocida me di cuenta que algo se quedó entre los berridos de los alces y el suave abrazo de los abedules y abetos al viento del Norte. El croar incesante de los cuervos, el aleteo del svartvark dibujándose en el horizonte de Hamnøy y la luz. Esa luz que raptó mi alma...

He de volver. Allí me espera la inútil sensación de quien se siente irremisiblemente dividido. Ya nada volvió a ser reconocible desde aquel día de otoño en el pequeño refugio de verano de las montañas del valle de Gudbrandsdalen.

* * *

Creo que fue en un día de junio cuando recibí aquella nota del profesor Erik Johansen. Durante ese tiempo se celebraba el Congreso anual de poesía de Oslo. Estaba cansado o más bien harto de escuchar a los participantes, hacía un buen día y pensé dar un paseo por el jardín botánico después de visitar, una vez más, el cercano museo Munch. La investigación estaba terminada, el papeleo solicitando una renovación de la beca enviado hacía ya un mes y sólo me

quedaba por hacer los trabajos de relaciones públicas del congreso. Hacía calor. El cielo en soledad no ocultaba un sol matizado por la brisa, la eterna brisa de Oslo. Parecía un día feliz. Un día de esos que se dejan abrazar acogiendo tu rostro en una, sin razón, melancolía propicia al amor o a la simple pasividad de quien se siente adormecer. Volví a casa pletórico, ansioso por pasear en la ciudad tarareando alguna vieja canción de Nilsen o Dylan...

Y allí estaba. Llegó con el correo de la mañana. La beca renovada, el viaje a Estocolmo para hablar con unos asépticos doctores semióticos y escandinavos confirmado y una breve nota del profesor Johansen:

«Querido amigo:

Salgo para Bødo dentro de un par de días. Desde allí tengo la intención de seguir viaje hacia Tromsø y adentrarme en Laponia. No es ningún secreto mi labor antropológica acerca de los habitantes de la región y he recordado el interés que usted demostró en sus conversaciones conmigo por todo lo que concierne a la cultura oral lapona. Por eso he pensado que quizá sería ésta una buena oportunidad para usted de conocer tan hermosa región.

Asimismo, acabado mi trabajo, iré a visitar a mi amigo el profesor Einar Gustafson, en su cabaña cerca de Hamnøy en el archipiélago de las Lofoten. Le hablé de usted y de sus investigaciones filosóficas demostrándome un interés inusitado por su persona. Me comentó que le citara los versos (conoce por mí su afición a la poesía, leyó algunos de sus poemas) del finés Larsen...

**“Y la lluvia tejió en su mirada
el intenso croar del negro vuelo del svartbark”**

Así como una frase, a modo de advertencia, para mí en todo punto enigmática. “El camino se abre tras la extrema soledad del silencio en la palabra”.

Por favor, no le localicé antes y preciso que hoy mismo me confirme si desea acompañarme. Creo que su mujer estudia el atroz programa de lenguas nórdicas de nuestra universidad, el profesor Gustafson es un gran conocedor de viejas leyendas no recogidas en las obras de Snorri Sturluson y de algunos antiguos giros que pueden interesarle. No tengo que decirle que ella también está invitada.

Su amigo...

Erik Johansen»

Aquella carta me llenó de alivio, al darme la oportunidad de salir del aburrimiento de un Oslo repleto de turistas. Y también de inquietud. ¿Quién era el profesor Einar Gustafson? ¿Cuál era su interés por mí? ¿Qué significado tenían aquellos oscuros versos? ¿Y la siguiente frase casi bíblica?

Dedicado a Sonja Skjaer

«No hay hoy bosque, ni cueva, ni valle desierto para los que no desean ni reformar ni corromper a la sociedad, sino que los dejen solos. La gente escapa hoy, uno puede verlos cualquier noche en las películas. Pero son malvantes, no proscritos, pueden engañar a la civilización porque son parte de ella.»

E. M. Forster

«No hay hoy bosques o páramos a los que escapar, ni cueva en la que refugiarse, ni valle desierto para los que no desean ni reformar ni corromper a la sociedad, sino que los dejen solos. La gente escapa hoy, uno puede verlos cualquier noche en las películas. Pero son maleantes, no proscritos, pueden engañar a la civilización porque son parte de ella.»

E. M. Forster

En los momentos en que el pensamiento se detiene, se queda en el aire, en un espacio que no tiene forma, en un espacio que no tiene nombre, en un espacio que no tiene tiempo. En esos momentos, el pensamiento se detiene, se queda en el aire, en un espacio que no tiene forma, en un espacio que no tiene nombre, en un espacio que no tiene tiempo. En esos momentos, el pensamiento se detiene, se queda en el aire, en un espacio que no tiene forma, en un espacio que no tiene nombre, en un espacio que no tiene tiempo.

**Callejear, sentir la insistencia del pensamiento
y ese taconeo rebotando en las paredes de la calle.**

Arrastrarse en la soledad, desde la soledad de tu inalcanzable distancia.

Aventurar el encuentro.

Y volver, fracasado, a la rutina del alcohol, las palabras y la huida.

**Bruma que de infinito ciega el recuerdo impávido del tiempo
pues la mirada no alcanza en húmedo páramo de aceros.**

Silueta de luz perfilada de viento.

**Y acudirás a un país sin noche
donde muere el olvido en el graznido del svartbak
Y sólo sabrás de tí que ya es tarde
que tu fin se inició hace demasiado tiempo.
Que habita en ti la noche del que sabe con certeza
lo que se oculta tras su mirada.**

**Descubrirás entonces la calma que ansías
en el peculiar gesto de aquél
que acudió ayer a un país sin noche
donde el mar se tensa de viento con el oscuro
color de la tranquila tormenta del norte.**

De Hamnøy a Reine
Bromeando, mojados por la lluvia que nos persiguió todo el verano
Y aquel gato noruego que pertinaz se ofrecía al tráfico en la estrecha carretera de
[las islas.

Y esas conversaciones con los lacónicos isleños
y sus divagaciones sobre un tiempo siempre cambiante en el fiordo.
Y aquel olor a pescado seco
y el rumor de la marea.

De Hamnøy a Reine
invadidos de gris, de verdes, de acerado azul
mecidos por una luz de permanente otoño en primavera.
Y la cortante montaña en el horizonte.

De Hamnøy a Reine
entrelazados,
y la larga agonía del retorno.

De Hamnøy a Reine...

¿Recuerdas aquella luz que transita lo increíble,
aquel tenue gris de acuarela en las alas de las gaviotas?

¿Recuerdas aquel batir del viento cuando nos alcanzó el otoño en Oslo...?

El hombre del tiempo hablaba del calor en España
y de aquel septiembre inhabitual, con nieve en
Gjøvik y Lillehammer.
Fuimos al cine, hacían aquella película sobre Svalbard.
Fue entonces, con la mojjigata marcialidad del Ejercito
de Salvación en los oídos, y los ojos puestos en aquel
tenderete —tan noruego— de asesores de buscadores de setas,
cuando tú me hablaste del futuro, invadiéndome...

... el mudo susurro de «aquella luz que transita lo increíble»,
matizando el alma en una sensación de nada.

EL PÁJARO DE RØST

Nos trasladábamos de Hamnøy, en el fiordo de Reine, a los islotes de Røst. El mar en calma y un cielo que anunciaba tormenta nos hablaban del fin del verano.

A lo lejos se divisaba el último faro de Europa antes de abismarse la mirada en el horizonte ártico. Y en un breve islote, helado como el tiempo, le vimos.

Su cabeza y el desproporcionado pico que agudizaban su perfil monacal.

El divertido gesto de una cara libre de toda sorpresa y un abultado cuerpo blanco envuelto con el hábito de sus negras plumas le daban un aire de fraile alejado de su iglesia...

Fue allí donde me contaste las aventuras de estos frailecillos, de los pájaros de Røst, y sus repetidos intentos de anidar frustrados por un desconocido mal propio del progreso.

Sí. Fue allí, como en un sueño que se transforma en relato, cuando comprendí el ansia que motiva el retorno al punto de partida.

El ciego anhelo de responder preguntas.

EPÍLOGO

«El prefería ver amanecer allí donde casi todas las mentes agudas procuraban escapar.»

Ernst Jünger

EN EL CAMINO DE LILLEHAMMER

«Todo fracasa. Al menos, si tenemos voluntad de fracasar.»

Hacia calor aquel día que recorrimos el camino de Lillehammer. Queríamos llegar antes del crepúsculo al bosque donde pasaríamos la noche, en una cabaña del seter de Einar. No sospechábamos aquel encuentro al observar el Mjösa...

Thomas Berntsen

Hacia calor aquel día en el camino de Lillehammer y los cuervos gritaban su mortal canto llenando de noche aquel hermoso día en la región de Opland.

Fue su vuelo el perfecto presagio de aquella inesperada sorpresa...

Ernst Jünger

Hacia calor en el camino que bordeaba los verdes pastos, brillantes por la luz, que lindaban con el nocturno bosque de abetos y abedules. Debimos —entonces— detenernos. Un extraño, un maligno hálito envenenaba los sentidos...

Hacia calor aquel día que recorrimos el camino de Lillehammer y nuestras manos recogieron el miedo, y la oscuridad se adueñó de nuestras miradas perdidas en el crepúsculo.

Y supimos, más tarde, de aquel quebrado cuerpo bajo el puente que cruza el arroyo...

Hacia calor aquel día que recorrimos el camino de Lillehammer...

EPÍLOGO

«Él prefería ver amaneceres allí donde casi todas las mentes agudas proclamaban ocasos.»

Ernst Jünger

«Todo fracasa. Al menos, si tenemos voluntad de fracasar, avanzamos, y debemos tener siempre, en todo y en todas y cada una de las cosas, al menos la voluntad de fracasar si no queremos perecer...»

Thomas Bernhard

«No existe un siglo feliz, pero sí existe el instante de la dicha y existe la libertad del momento... Es uno de los misterios del tiempo. El instante se enlaza con la eternidad.»

Ernst Jünger

EPÍLOGO

«El preferir ver amanecer allí donde casi todas las
mentes agudas proclamaban ocaso.»

Ernst Jünger

«Todo fracasa. Al menos, si tenemos voluntad de fracasar,
avanzamos, y debemos tener siempre, en todo y en todas
y cada una de las cosas, al menos la voluntad de fracasar
si no queremos perder...»

Thomas Bernhard

«No existe un siglo feliz, pero sí existe el instante
de la dicha y existe la libertad del momento...
Es uno de los misterios del tiempo. El instante se
enlaza con la eternidad.»

Ernst Jünger

**Terminad de una vez
con las palabras.
No hubo ni habrá
paraísos perdidos.**

José Luis Falcó

Terminad de una vez
con las palabras.
No hubo ni había
paraíso perdido.
José Luis Palco

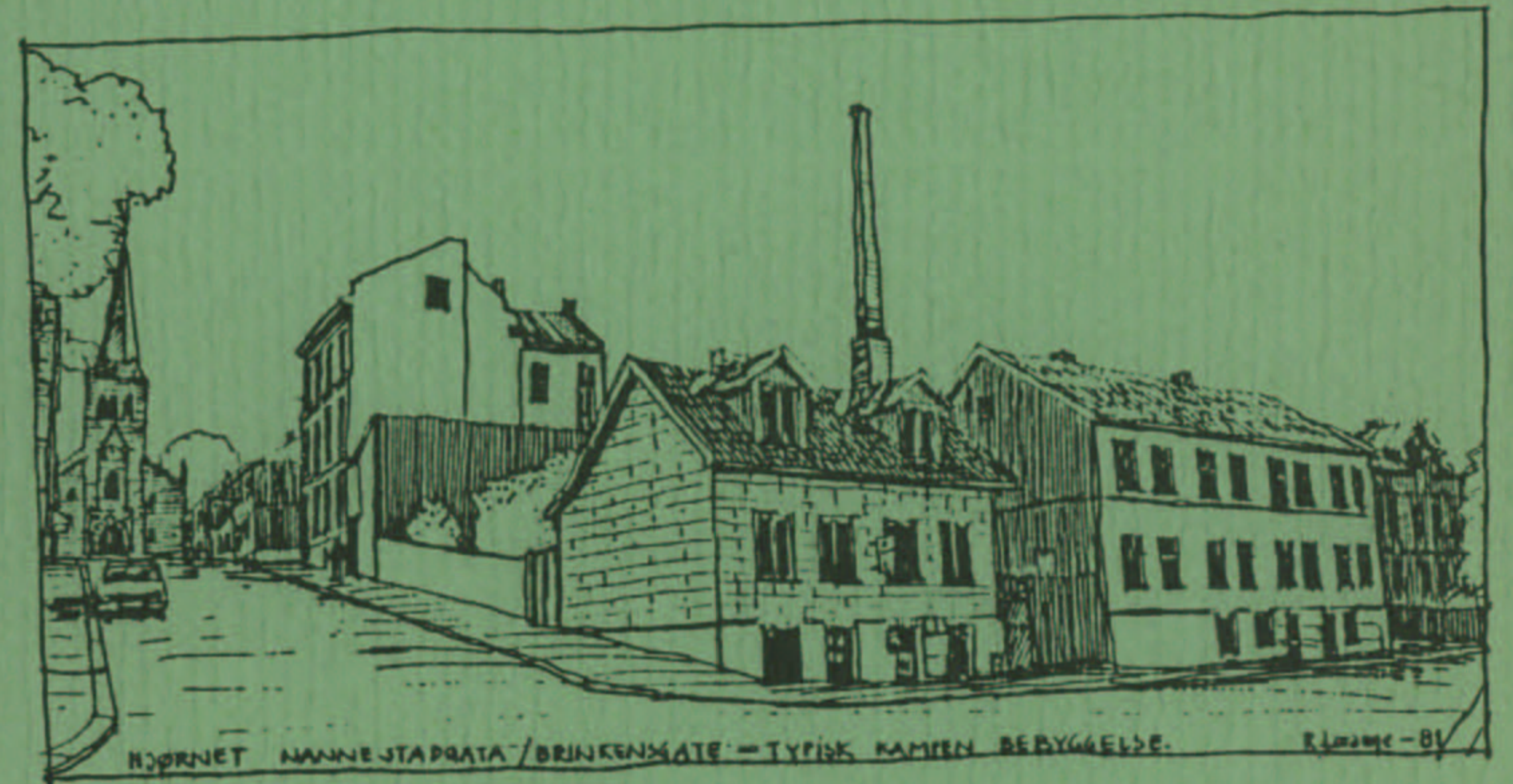
Nota del autor:

Los cinco primeros poemas que se recogen bajo el título de «Nor-
ge» aparecieron en la primavera de mil novecientos ochenta y seis
en la colección Bavel de Valencia.

El vuelo del Svartbak que aquí incluyo no es más que un breve
fragmento de un trabajo más extenso.

QUERVO-POESIA

Avenida Gola del Puchol 24, A, 5
EL SALER-VALENCIA
ESPAÑA



De este cuaderno titulado HAMNØY
escrito por JOSE MARIA IZQUIERDO
se imprimieron quinientos ejemplares
en la imprenta OCMO de VALENCIA